

*Elena Poniatowska*

QUERIDO DIEGO, TE ABRAZA QUIELA.

Era, México, 1993

Elena Poniatowska construye en este texto a un personaje femenino que imperiosamente desea establecer un vínculo de comunicación. La apelación a un tú, sujeto masculino, marca el comienzo de esta novela epistolar donde la escritura de Quiela (personaje ficticio de Angelina Beloff) se construye a partir de su conciencia de la desigualdad existente entre el hombre y la mujer. Esta desigualdad se manifiesta en su posición como mujer dentro del campo intelectual y social en relación al hombre, en este caso Diego (personaje ficticio de Diego Rivera).

A través de la escritura en cartas que posibilita una expresión subjetiva, una voz construye una respuesta hacia un “otro”. Ese otro es construido en su escritura a través del silencio, un otro que no habla pero que recibe misivas de amor desde ese “yo” ambiguo: lo admira a la vez que lo regaña.

Para hacer un acercamiento a esta distinción entre los espacios femenino y masculino, propongo leer este texto desde una propuesta genérica. Este discurso femenino es un lenguaje que se nombra y a la vez que le da autoridad, una relación de poder frente a un otro —hombre— a quien construye como destinatario de su discurso. Está articulado por una voz que se construye desde dentro —una autobiografía—, dando lugar a miradas estrechamente orientadas desde lo subjetivo, lo emocional, lo íntimo, características que permiten oponer la *escritura* como discurso desde la mujer, frente a la *pintura*, un discurso desde el hombre, la razón o lo social.

Esta distinción genérica no se refiere ya a una diferencia de sexos —biológica—, sino que se “transforma en una manera de señalar las construcciones culturales, la entera creación social sobre los roles apropiados de la mujer y del hombre”<sup>1</sup>. Por ello es que en este texto, el discurso femenino se apropia de una forma de expresar esa

<sup>1</sup>Joan Scott, “El género: una categoría útil para el análisis histórico” en *De género a Mujer*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 22.

realidad mediante la escritura, particularmente en este texto que demarca lo social y lo intelectual de la vida artística de principios de siglo. En esta época se ciñen las contradicciones del espacio de la mujer dentro de la sociedad, entre seguir los lineamientos tradicionales, el espacio construido para ella, o proponer su liberación, en este caso, por los caminos del arte.

Así se concibe “otra mirada” desde lo femenino, y establece relaciones de desigualdad frente al predominio ideológico del discurso masculino marcado por la diferencia sexual concebida en todos los discursos culturales, “una manera primaria de significar el poder”<sup>2</sup>. A partir de esta distinción genérica, considero que el discurso femenino se construye con la conciencia de esta forma de significar el poder, o de articularlo, que posee el discurso masculino.

En el texto, las relaciones de poder se manifiestan en el campo intelectual, el conocimiento, expresado a partir de la obra de arte, la pintura, fuente de expresión de un discurso de afirmación sociocultural que el personaje Diego Rivera posee. También se construye asentado en lo material y lo económico, rasgos de una abundancia frente a la carencia material de Quiela, simbólicamente carencia expresiva por la imposibilidad de trascender a través de la pintura.

Por ello es que la expresión del discurso femenino es la escritura. Quiela es consciente de la “necesidad-poder” de expresarse mediante la palabra. Ésta permite que la desigualdad manifiesta en otros campos, como el pictórico, el intelectual, el sexual, discursivamente se invierta y se constituya en una nueva mirada desde un yo —discurso interior—, una identidad delineada —soledad, carencia, pérdida, sentimiento— y un lenguaje de resistencia —admiración, rechazo, propuesta—.

Este discurso intenta irrumpir en un orden dominado y manejado por expresiones masculinas. La escritura subjetiva propone romper un silencio, un dominio de poder estigmatizado en el campo intelectual y social. Quiela envía misivas sin recibir ninguna respuesta, y con ellas envía sus pinturas, expresiones que detentan el campo de poder del discurso masculino. Pero en este juego textual que se crea, donde expresiones y silencios se entrecruzan, se construye un orden narrativo que intenta dar cuenta de una autoridad: la autobiografía.

Desde un “yo”, fracturado interiormente en un contexto, donde se dirime constantemente entre un apego a nociones tradicionales de la función social de la mujer, y las respuestas liberales que avisa en ese campo intelectual, se construye este discurso que se da autoridad a sí mismo, una alternativa expresiva frente a los predominios de la razón masculina, denotadas en este texto en la expresión de la pintura.

Desde su posición marginal, las mujeres han hablado... Sin embargo, cuando se embarcan en el proyecto autobiográfico, lo hacen como intrusas. Se convierten en mujeres que escriben una historia de hombres: y, puesto que las autobiógrafas no pueden... <integrar, en perfecta conformidad con la economía lingüística occidental, la masculinidad con la humanidad>, se ven envueltas en un diálogo dinámico con dos historias, dos interpretaciones, dos posturas retóricas<sup>3</sup>.

La única forma de expresión concebible para Quiela es la escritura. Mediante la autobiografía construye una voz desde dentro, como una confesión, desde una subje-

<sup>2</sup>Joan Scott, *op. cit.*, p. 37.

<sup>3</sup>Sidonie Smith, “Hacia una poética de la autobiografía de mujeres” en *Anthropos*, Barcelona, 1991, p. 99.

tividad que le propone explayar su imaginación. La voz femenina que permanece silenciada culturalmente, impedida de nombrar y de expresarse, se afirma mediante la postura de un “yo” que se construye a sí mismo, como también construye al otro, a Diego. Éste “se mantiene en silencio y escucha, ejerce poder sobre quien habla”<sup>4</sup>, y ese poder son las relaciones lógicas concebidas por un sistema que acalla la voz femenina en el contexto, haciéndola jugar en un plano de marginalidad, que en este texto es la escritura autobiográfica.

Quiela se construye en la carencia, en la soledad: el abandono de Diego, la muerte de su hijo, la imposibilidad de expresarse mediante la pintura. Estos son hechos que empujan para producir un discurso autobiográfico, como autojustificación hacia ese otro, que también es construido, pero a la inversa: el dominio intelectual, la prosperidad, el silencio, la posibilidad de expresión artística.

A partir del discurso autobiográfico y con claras nociones de erigirse como *poder* a través de la escritura, el texto se fractura en un diálogo permanente entre dos espacios discursivos que plantean la diferencia genérica entre lo masculino y lo femenino: el *arte* frente al *amor*.

El primer espacio, el arte, es el símbolo en este texto de las relaciones de poder manejadas por lo masculino. Quiela lo construye en su discurso poniendo énfasis en la capacidad intelectual de Diego a través de la pintura, un discurso que avala esta capacidad cultural del hombre frente a la sumisión del espacio femenino en el arte. Quiela admira a Diego, justifica su vida con él en el pasado, donde es posible una comunión afectiva, donde aprende y ve el poder expresivo de la pintura. Son los momentos de su discurso donde “idolatra” a Diego, donde el conocimiento, la razón, la creatividad masculina es el centro del poder. Pero también aquí, la voz explicita las carencias sensibles y humanas de un personaje afincado en este espacio, que está imposibilitado de apreciar el mundo cotidiano, lo sentimental y lo íntimo. A través del silencio el personaje Diego Rivera es construido por Quiela en su discurso como una institución, la “no palabra”, entendido como falta de expresión por la escritura, una negación al mundo interior.

Lo interior se construye en ese otro espacio donde lo femenino se expresa: el amor. La imposibilidad de realizarse artísticamente —Quiela sufre las negaciones del contexto, es mujer y además es extranjera, y el arte es prioridad de los hombres—, hace que la única forma valedera de expresión sea su escritura. Este espacio de lo íntimo, de la desmesura sentimental le permite salirse de ciertos límites que la sociedad le impone y además expresar las diferencias: la ofensa y el rechazo permanente hacia Diego, personaje construido por ausencia que simboliza una presencia positiva en el texto del discurso masculino, estigmatizado en lo intelectual y lo cultural.

El dolor, la pérdida, la soledad son ejes que vertebran este discurso femenino que se construye como alternativa a partir de la escritura. Quiela, se construye imponiéndose un linaje y una razón de vida para dar autoridad a su expresión. Escribe desde su presente crítico, creando un juego dicotómico entre un “yo y un otro, un *aquí* y un *allá*, un *antes* y un *ahora*: la sensibilidad de la mujer frente a la racionalidad y lo intelectual del hombre; el frío, la soledad, la carencia del aquí París, frente a la calidez y la abundancia del espacio americano imaginado por Quiela; la necesidad de expresarse en el presente crítico mediante la palabra, la imposibilidad de expresión estética en el

<sup>4</sup>Sidonie Smith, *op. cit.*, p. 98.

pasado compartido con Diego donde lo posible es quebrado por los conflictos del contexto.

Estos discursos no se superponen sino que se muestran complementariamente: el reconocimiento a la capacidad de Diego —capacidad artística— y la ofensa por la despersonalización de Diego —incapacidad afectiva—. Lo afectivo se construye como espacio posible de lo femenino, centrado en el amor, el sinceramiento y el desenfreno sentimental, frente a la frialdad del hombre. En ese París, donde la nieve y el hambre sintetizan la carencia de lo material, estigmatizado en el hombre, el calor humano de un discurso femenino resuena como expresión posible mediante la escritura, que en su propuesta de búsqueda interior propone un discurso confesional donde expresa el dolor, la postración, el abandono, tamizados desde la mirada sentimental, como ejes propios de lo femenino.

La carencia de lo afectivo —abandono de Diego—, de descendencia —pérdida del hijo— y carencia intelectual y cultural en el contexto —imposibilidad de pintar— producen la fractura textual en estos planos descriptos anteriormente. La pintura, centro del discurso masculino, representa la exterioridad, “lo que se ve”, y lo que puede ser construido por el hombre, en franca lejanía de esta posibilidad por parte de Quiela sumergida en el mundo de la escritura.

Quiela nunca dice “adiós” sino que propone nuevamente una forma de llegar al otro: el amor. Éste está basado en la profundidad expresiva de su escritura que se transforma en alegato de su existencia. Lo que parece ser una escritura desenfrenada, desesperada, exasperada sentimentalmente, se transforma en única posibilidad expresiva “desde la mujer” estigmatizada en lo interior, en el espacio de lo emocional y lo afectivo, una forma de rebelión frente a los espacios discursivos de poder manejados por el hombre.